



JUAN ESLAVA
GALÁN

EL AMOR *en el* JARDÍN
de las FIERAS


ESPASA

JUAN ESLAVA GALÁN
EL AMOR EN EL JARDÍN
DE LAS FIERAS



ESPASA © NARRATIVA

© Juan Eslava Galán, 2016
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
www.silviabastos.com
© Espasa Libros S. L. U., 2016

ISBN: 978-84-670-4839-1
Depósito legal: B. 15.070-2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Capítulo 1

DILUVIA EN RIAZA

Era noche cerrada y diluviaba. En medio del aguacero, los haces de luz amarilla de unos faros iluminaron una sucesión fantasmal de tapias carcomidas, de casuchas miserables, de puertas y ventanas cegadas.

—¡Vaya nohecita! —murmuró el chófer una vez más.

El viejo Citroën negro con el emblema de Falange en la portezuela desembocó en la plaza porticada de Riaza. Una bandera empapada y flácida pendía de la balconada del ayuntamiento.

—Allí es —señaló el que viajaba en el asiento del copiloto, un hombre enjuto, de gabardina, sombrero calado hasta las cejas y gesto friolento.

El automóvil atravesó el barrizal y se detuvo junto a los soportales de la casa consistorial. El de la gabardina abrió la portezuela, forcejeó con el paraguas hasta abrirlo, se apeó y profirió un exabrupto.

—¡Me cago en la puta de oros!

Había metido el pie en una poza, y el agua helada le inundó el zapato.

El chófer sonrió para sí, calentito dentro de su pelliza.

—¡La citación! —urgió el de la gabardina.

El chófer le tendió una carpeta. Con ella bajo el brazo, el emisorario corrió a refugiarse bajo los soportales, sorteando los charcos.

—¡Es el número tres! —Se escuchó la voz del chófer a través del turbión.

El número tres era una casa de piedra, casi señorial, de rico de pueblo, cuatro ventanas protegidas por rejas saledizas y un balcón.

«A esta hora están durmiendo», pensó el de la gabardina cuando comprobó que los maderos cerrados no filtraban ni una rendija de luz. En el amplio portalón había un postigo con su aldaba de forja. La asió y dio unos golpes vigorosos que resonaron magnificados en el interior.

Volviéndose hacia la luz de los faros, comprobó la hora en su reloj de pulsera. Las once y veinte. Aguardó medio minuto antes de repetir los golpes. Una luz se encendió tras los visillos del balcón principal.

—¡Ya va, ya voy! —gritaron.

Mientras esperaba, el emisario se ajustó más la gabardina. Miró la plaza, iluminada a medias por los faros. De un canalón cercano caía un chorro de agua que rebotaba sobre el empedrado.

—Vaya nohecita —murmuró.

Se describió un cerrojo y después un pestillo. Cuando se abrió el postigo apareció un cincuentón entrado en carnes, carirredondo, la cabeza embutida en un gorro de dormir y arrebujaado en un tabardo, bajo el que asomaban los pantalones rayados del pijama.

—¿El alcalde de Riaza?

—Servidor.

—Un oficio de la jefatura del Movimiento. —El de la gabardina le entregó el sobre azul con membrete oficial—. Es un asunto urgente.

Se despidió con un vigoroso «Arriba España», el brazo en alto, y sin aguardar respuesta, abriendo nuevamente el paraguas, regresó al coche.

A la luz amarillenta de la bombilla de escasos vatios que iluminaba la entrada, el alcalde y jefe local del Movimiento desgarró el sobre, extrajo el oficio que contenía y leyó:

Saludo a Franco. ¡Arriba España!

Apreciado camarada:

Al recibo de la presente reclutarás en tu pueblo y en las aldeas adyacentes unos veinte obreros provistos de picos, palas y espuertas que a las ocho de la mañana del día 22 deberán incorporarse, bajo tu mando y sin excusa ni pretexto, en la ermita del Corporario, a fin de reanudar las excavaciones de Castiltierra. Allí los aguardarán los camaradas arqueólogos designados por el Mando al efecto.

Importa mucho para el servicio demandado que los obreros sean preferentemente rubios, altos y de buena presencia, pero si no los hubiera de estas trazas, traerás de los que encuentres.

¡Por Dios, España y su Revolución Nacional-Sindicalista!

Y firmaba nada menos que el ministro de Gobernación, camarada Ramón Serrano Suñer.

Capítulo 2

UNA VISITA INTEMPESTIVA

Cáiser abrió los ojos. Lo habían despertado unos golpes en la ventana y una voz que pronunciaba su nombre.

—¿Quién es? —preguntó dubitativo, todavía inseguro de si lo había soñado.

—Soy yo, José —confirmó la voz—. Que nos ha salido un trabajo.

—¿Con estas aguas y a estas horas?

—Con estas aguas, ya ves.

—Aguarda, que te abro.

Llevaba una semana lloviendo, día y noche, como si el Altísimo hubiera escuchado las quejas del caudillo por la sequía que aquejaba a la Nueva España. Con los campos anegados y los caminos convertidos en lodazales, la actividad agrícola se había interrumpido y el tejar donde Cáiser y José trabajaban había suspendido las labores hasta que escampara.

Ya despabilado, Cáiser encendió una cerilla y prendió la palmaria de la mesita de noche. A la débil luz saltó de la cama y se metió los pantalones de pana sobre el remendado pijama. Su madre, que dormía a su lado, terminó de despertarse.

—¿Qué pasa, hijo?

—Nada, madre. Es José. Que por lo visto nos ha salido un trabajo.

—¿A estas horas? Pero si es de noche.

—Cualquier hora es buena, madre. Se habrá anegado alguna casa o vaya usted a saber.

Cáiser terminó de vestirse con un jersey de lana gorda que ya contenía la camisa y la camiseta. La habilidad de quitarse y ponerse todo, en una pieza, se la debía Cáiser a su paso por las trincheras. Al contrario de otros hábitos adquiridos en aquella etapa de su vida, seguía encontrándolo útil.

Cáiser y su madre habían conocido tiempos mejores, pero eso fue antes de que la guerra los despojara de todo.

Cáiser esquivó el cubo de latón que en medio del cuarto recogía el agua de una gotera. Abrió la puerta. José, con un aparatoso poncho de hule, entró en la cocina, se destocó y sacudió el agua que chorreaba del empapado sombrero de fieltro.

—¡Vaya diluvio! —exclamó—. Bueno, ponte el capote que nos vamos. El alcalde de Riaza necesita gente para una urgencia. Pagan diez pesetas al día y mantenidos. Ha preguntado si había rubios en el pueblo y cuando le he dicho que yo conocía a uno, me ha mandado a buscarte.

—¿Rubios? ¿Y para qué quieren rubios?

—Eso preguntáselo a él. A lo mejor van a hacer una película.

La anciana madre de Cáiser salió del dormitorio con una toca de lana gorda sobre el camisón.

—¿Qué pasa, Pepe, hijo? —preguntó—. ¿A qué vienen estas urgencias?

—Trabajo, doña Elvira. Que parece que nos vamos a ganar unas pesetas.

—¿Con estas aguas?

—Será bajo techado, digo yo.

Cáiser se calzó unas remendadas botas militares.

—¿Os caliento una sopa de ajo que sobró de la cena? —ofreció doña Elvira.

—Tú te vuelves a la cama, madre, que nosotros ya nos arreglaremos —dijo Cáiser abrochándose la pelliza—. Me llevo el paraguas.

Los dos hombres salieron al aguacero. Un relámpago iluminó una calle jalonada de casillas miserables. Entre las veladuras de la lluvia se atisbaba, en la plazuela del fondo, la luz ambarina

de los faros de un camión y la de algunas linternas. Se percibían voces. Más de una docena de obreros recogidos en pueblos y pedanías del entorno aguardaban bajo la toldilla del vehículo. A falta de armazón que la sostuviera, habían colocado una escalera de mano que mantenía alzada la lona e impedía que el agua se embolsara.

El alcalde y jefe local del Movimiento de Riaza, bajito y robusto, envuelto en una pelliza cruzada que dejaba asomar por el cuello la camisa azul de Falange, las perneras del pantalón embutidas en unas calzas demasiado grandes que le tapaban las rodillas, examinó con interés a Cáiser.

—Este sí que es rubio de verdad. —Aprobó la adquisición—. ¡Venga! ¡Al camión, que para luego es tarde! Nos vamos.